



MI ALMA
ES TUYA

HARLEY LAROUX

SIREN  BOOKS

MI ALMA

ES TUYA

MI ALMA ES TUYA

HARLEY LAROUX

Traducción de
Marta Carrascosa Cano

SIREN  BOOKS

Primera edición: octubre 2024

© Harley Laroux

© de la traducción: Marta Carrascosa Cano, 2024

© de la corrección de estilo: Andrea Carnicero Sacristán

© de la corrección ortotipográfica: Patricia Sevillano Mateo

© de la cubierta: Opulent Designs

© de la presente edición: Editorial Siren Books, S.L., 2024

info@sirenbooks.es

<https://sirenbooks.es/>

ISBN: 978-84-128545-7-2

Depósito legal: M-20499-2024

IBIC: FMR

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos; www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Advertencia de contenido

Este libro tiene escenas de violencia y contenido sexual explícitas. No está dirigido a personas menores de edad. Todos los personajes que aparecen tienen más de dieciocho años. Este libro no debe usarse como recurso para la educación sexual, ni como guía informativa sobre sexo o BDSM. Las actividades que se describen en esta historia son peligrosas y las escenas que aparecen en ella no pretenden reflejar expectativas realistas de BDSM o actividades fetichistas.

Algunas situaciones o elementos de este libro pueden afectar o perturbar a algunos lectores. Se recomienda encarecidamente que el lector tenga criterio a la hora de continuar con la lectura.

En este libro te encontrarás:

BDSM, sexo no consentido consensuado (CNC), asfixia, sangre, agujas (modificaciones corporales), sectas religiosas y fanatismo, juegos sexuales con dolor y miedo, sexo en público, *bondage*, azotes, degradación erótica, escupitajos, ingesta de fluidos corporales, sexo sin protección, drogas, mención de canibalismo.

*A mi marido,
mi luz en la oscuridad.*



—La sangre se ha derramado en su nombre. Está despierto.

Había notado la emoción antes de que lo anunciara. Los puñeteros mortales siempre afirman lo obvio, como si no pudiera darme cuenta de que el suelo temblaba y las viejas raíces se tensaban, como un cuerpo que se prepara para que lo golpeen. Como si no pudiera oír los susurros cada vez más fuertes en la oscuridad, zarcillos de pensamientos antiguos e incomprensibles en busca de blancos débiles.

El hormigón que me rodeaba, enterrándome vivo, no podía ocultar el alboroto. No necesitaba que el pedante de Kent se pavoneara por aquí, haciendo declaraciones como si tuviese que arrastrarme ante la noticia. Estaba sentado con las piernas cruzadas en mi miserable círculo vinculante, afilándome las uñas en el suelo de cemento, y apenas le dediqué una simple mirada cuando entró en la sala con sus secuaces a la espalda. Al oír su declaración, me limité a gruñir, lo que no pareció satisfacerle.

—¿Me has oído, demonio? —espetó, apretando los dedos sobre la superficie de cuero del grimorio. Siempre tenía entre las manos aquel maldito libro desgastado, el yugo que había levantado sobre mi cabeza. Un hombre como Kent, un hombre sin magia, no podía controlarme sin su librito de hechizos.

—Te he oído. —Suspiré con fuerza y me eché hacia atrás para poder dar golpecitos en el suelo con las uñas—. Perdóname por no dar saltos de alegría, Kenny. El hecho de que estés aquí para regodearte de que tu viejo dios se esté despezando me dice que no se ha despertado lo suficiente como para darte todo ese delicioso poder que buscas. —La expresión de su rostro se ensombreció de forma amenazadora y supe que estaba en el límite de incitarle a hacerme daño.

El cautiverio era tan interminablemente aburrido que ver hasta dónde podía presionar a mi amo antes de que apareciera el dolor se había convertido en algo de lo más fascinante.

Me encogí de hombros.

—Bueno, estás aquí con una misión: enviarme a hacer algún recado insignificante antes de encerrarme en la oscuridad otra vez. Qué emocionante.

Los nudillos de Kent se habían vuelto blancos. Tenía cierto aire aristocrático; se habría sentido igual de cómodo en el Londres victoriano que mezclándose entre la élite empresarial de Seattle. Traje gris oscuro, una corbata negra con un sutil estampado de raya diplomática, pelo canoso bien cortado y peinado. Era tan monótono como el cielo nublado de Washington, e impredecible, si hablábamos de su temperamento.

—Yo reservaría las fuerzas para el trabajo que tienes por delante, demonio —dijo, con la voz tirante y la rabia apenas contenida—, en lugar de malgastarla en esa lengua tan mezquina que tienes. A menos que quieras que te la vuelva a arrancar.

Una de las figuras con una capa blanca que había detrás de él soltó una risita y yo la fulminé con la mirada, pero mantuve el pico cerrado. Kent les había hecho llevar las capas y las máscaras en forma de cráneo de ciervo, pero yo sabía que los dos seres sin rostro que lo acompañaban aquí abajo eran sus engendros, que ya eran adultos: Victoria, que olía a una fragancia de vainilla artificial amarga y a todos los productos químicos de su maquillaje, y Jeremiah, que apestaba a colonia barata y gomina.

—Esta noche, a las doce en punto, te dirigirás al cementerio de Westchurch. Irás sin hacer ruido y te asegurarás de que nadie te vea

por el camino. Una vez allí, busca la tumba de Marcus Kynes. Desentierra el cuerpo y vuelve a enterrar el ataúd. Luego trae el cuerpo a White Pine. ¿Entendido?

La verdad es que prefería tener mi lengua en la boca. Hacer crecer una nueva era desagradable.

—Entendido.

En aquella pequeña y miserable estancia no había reloj, pero aun así pude sentir cómo llegaba la medianoche. El mundo cambió ligeramente, acercándose un poco más a la frontera que lo separaba del Cielo y del Infierno. La medianoche siempre me hacía sentir bien, al igual que estirar las piernas por fin y dejar el círculo vinculante.

Kent me mantenía en ese círculo tan a menudo que lo había tallado en el suelo. Al igual que su padre y su abuelo antes que él, temía que, si me liberaba de su servicio cuando no requiriese de mis servicios inmediatamente, me las ingeniaría para escapar de él para siempre. Una idea maravillosa, pero con un resultado poco probable. Kent tenía el grimorio, el único registro que quedaba de mi nombre en la Tierra. Gracias a eso, era el único que podía invocarme.

También supongo que temía que, debido al odio que le tenía, me saltaría las normas y buscaría venganza asesinandolo a él y a toda su familia si me liberaba de estar a su servicio. Una vez más, una idea maravillosa y un resultado bastante más probable. Me arriesgaría a la ira de mis superiores en el Infierno si eso significara poder acabar con toda esta familia.

Pero había pasado más de un siglo, y durante todo ese tiempo había estado al servicio de la familia Hadleigh. Si era sincero, me parecía algo impresionante, nadie más había logrado mantenerme cautivo durante tanto tiempo sin perder la vida. Había una buena razón por la que solo quedaba un único registro de mi nombre. A lo largo de los años, los invocadores habían aprendido rapidito que no era un ser fácil de dominar y pensaron que era mejor no invocarme.

Había dejado un rastro de magos muertos a mi paso y ansiaba añadir unos cuantos más.

Era una noche fría y había niebla, el rocío caía de los pinos. El cementerio de Westchurch estaba rodeado de árboles, pero apenas podían verse desde la carretera que lo rodeaba. Hileras de lápidas, algunas con más de un siglo de antigüedad, se alineaban en el extenso césped descuidado. No me llevó mucho tiempo encontrar a Marcus. La parcela de tierra removida lo delataba: acababan de darle sepultura. Lo identificaba una lápida lisa y sencilla.

Marcus Kynes. Veintiún años. La «sangre derramada» que había despertado al dios de los Hadleigh. Era raro que lo hubieran enterrado. Los sacrificios se hacían en la catedral, y el cadáver, o se ofrecía de inmediato o se ofrecía vivo, si era posible, para que el dios jugara con él a su antojo. El hecho de que Marcus hubiera sido enterrado era confuso.

No me llevó mucho excavar para llegar hasta él usando las manos y las garras para arrancar la tierra. El ataúd era una caja de madera sencilla, no tenía ningún adorno. En cuanto levanté la tapa, me llegó a la nariz el hedor a formaldehído. A Marcus lo habían vestido con un traje barato y su rostro juvenil tenía un aspecto ceroso por la cantidad de maquillaje que le habían puesto.

—Hora de levantarse. —Me lo eché al hombro y salí a gatas de la tumba, dejándolo junto al montón de tierra que acababa de cavar—. Dame un minuto, colega. No puedo dejar que tu madre sepa que han profanado la tumba de su hijo.

Rellené el hueco con rapidez y, después, con el cuerpo al hombro, me dirigí a White Pine. Atravesar la zona del bosque y la del pozo de la mina que había en su interior se hacía en una carrera bastante rápida, pero con Marcus a cuestas resultaba engorrosa. Aun así, prefería correr entre los árboles con un cadáver que estar en mi prisión de hormigón.

Llegué a White Pine cuando se acercaba la hora de las brujas. Había empezado a caer una lluvia torrencial y Marcus cada vez olía peor. Pero más allá del tufo y del aroma a tierra mojada, podía oler el humo, proveniente de una fogata en algún rincón entre los árboles.

En lo más profundo del bosque y un poco más arriba de la ladera, vi que Kent y su alegre séquito me esperaban cerca de las llamas.

Todos se habían puesto las capas blancas y las máscaras de ciervo. Eran al menos dos docenas de personas repartidas entre los árboles, hablando en voz baja y cubiertas con paraguas negros. No era de extrañar que esta pequeña ciudad estuviera en auge con los avistamientos de críptidos. Gracias a la pequeña secta de Kent, que se hacía llamar libiri, casi toda la población de Abelaum tenía alguna historia fantástica sobre haber visto un monstruo en el bosque.

No estaban del todo equivocados. Veían monstruos, pero de los que son humanos.

La única que no llevaba el uniforme era Everly, la hija bastarda de Kent Hadleigh. Mayor que sus hermanastros Victoria y Jeremiah por unos meses, Everly era rubia, esbelta y vestía su habitual ropa negra. La bruja en ciernes parecía aterrorizada de estar allí, y cuando sus ojos azules se posaron en mí y en el cadáver que traía, parecía estar a punto de vomitar.

—Hermanos, hermanas, el sacrificio ha llegado. —Kent hablaba con una voz muy teatral cuando estaba delante de su séquito de fanáticos, a medio camino entre la de un pastor sureño que predica el apocalipsis y un profesor de parvulario que tiene cadáveres enterrados en su jardín. Esa voz me ponía de los nervios, al igual que la forma en que chasqueaba los dedos en mi dirección y señalaba el suelo a los pies de Everly—. Aquí. Déjalo en el suelo.

Sin miramientos, dejé caer a Marcus a los pies de la joven bruja y un gesto de angustia se le dibujó en la cara. ¿Lo conocía? ¿Tal vez era un compañero de universidad? ¿O se le había ablandado el corazón de repente cuando todos los sermones de su padre sobre la belleza de la muerte se habían transformado en una realidad espantosa?

—Quítale la ropa —me encomendó Kent.

Acto seguido, desnudé al cadáver, rasgando el traje barato como si fuera de papel. Al verle el torso desnudo, descubrí las heridas que ningún maquillaje mortuario hubiera podido disimular: múltiples puñaladas

que le atravesaban el pecho y, entre ellas, las líneas y las runas de la ofrenda de sacrificio.

Era caótico. Un desastre. Si tuviera que apostar, no estaba planeado. Incluso diría que había sido algo espontáneo.

Enarqué una ceja en dirección a Kent, una pregunta no pronunciada que sabía que no respondería. Asintió con energía y la joven bruja, con una palidez enfermiza, se arrodilló y empezó a examinar las marcas del pecho de Marcus.

—Servirán —dijo. Se puso en pie a toda prisa y apartó los ojos del cadáver—. Las marcas son vulgares pero efectivas. —Parpadeó mirando a la multitud durante un instante, preocupada. Pensó que lo que había dicho podía ser ofensivo, y la ofensa podía acarrear consecuencias.

—Muy bien —susurró Kent. Luego, en un tono más alto, convirtiéndose una vez más en todo un teatrero, añadió—: Hemos esperado mucho tiempo este día, hijos míos. El Profundo lo ha esperado durante mucho tiempo, con gran paciencia y misericordia. Hoy, el primero de los tres va a las profundidades. Que le sigan dos más.

—Que le sigan dos más —murmuró la multitud, excepto Everly, cuyos labios formaban una línea delgada y rígida en su cara bonita.

—Siervo, lleva el sacrificio a la mina —ordenó Kent. «Siervo». Joder. Quería que se atragantara con su propia lengua—. Jeremiah te acompañará. Este sacrificio le corresponde a él.

Una figura avanzó. Apeataba a colonia. Por supuesto, tenía que ser Jeremiah. Esta chapuza de sacrificio descuidado y sin planificar había sido obra del querido hijo de Kent. Puse los ojos en blanco, pero levanté a Marcus desnudo del suelo y, sin decirle una palabra a Jeremiah, me alejé entre los árboles, lejos de la luz del fuego.

Él trató de caminar por delante de mí, pero mantuve el paso lo bastante rápido como para que no pudiera hacerlo. El chico tenía aún menos paciencia que su padre.

—Más despacio, Leon —me advirtió—. O te prometo que la próxima vez haré que papá te arranque las pelotas.

—Calma, calma. —Negué con la cabeza, pero aminoré el paso. Dejé que el imbécil me guiase, que se deleitara con su pequeño arrebató de poder. Al menos, mirarle la nuca me permitía fantasear con partírse-la—. Así que este es tuyo, ¿eh? ¿Tuviste problemillas con él?

—El desgraciado intentó huir —dijo, y luego soltó una carcajada—. No llegó muy lejos. Gritaba como un cerdo. Creo que entiendo por qué te gusta tanto matar, Leon. Es un subidón de la hostia.

Apreté los dientes.

—No creas que entiendes la muerte por un asesinato desastroso. Espera a que tu dios se despierte. Te enseñará un par de cosas sobre ella.

Estoy seguro de que le habría encantado contestarme, pero ya habíamos llegado. Allí, entre las sombras de la arboleda, se encontraba la entrada de la mina de White Pine. Llevaba casi un siglo tapiada, y el marco de madera barnizada de la entrada estaba cubierto con numerosas runas: algunas talladas, otras pintadas y otras marcadas. Un cartel de metal pendía de la madera con una cadena rota y decía: PELIGRO: MINA ABIERTA. NO ENTRAR. El suelo estaba cubierto de musgo, y en torno a la abertura de la mina crecían varios champiñones blancos en grupos densos.

El propio suelo tembló. Los árboles se agitaron. En el aire se respiraba un olor extraño, a aguas profundas y algas podridas. En algún lugar, en las profundidades de aquellos túneles inundados bajo nuestros pies, un antiguo dios se revolvía.

Yo no me asustaba con facilidad, pero aun así me recorrió un escalofrío.

—Bueno, aquí tienes. —Eché a Marcus en brazos de Jeremiah, que saltó hacia atrás con un aullido y dejó caer el pobre cuerpo en el barro.

—¿Qué demonios te pasa? —levantó la voz. Ya no sonaba tan engreído—. ¡No quiero tocar eso!

—Es tu sacrificio. —Me encogí de hombros—. ¿En serio quieres que un demonio reclame tu ofrenda al Profundo lanzándolo ahí dentro?

Jeremiah vaciló. Paseó la mirada del cadáver a la mina, se le cerró la garganta y tragó saliva. La verdad es que me importaba una mierda

cómo llegase el maldito cadáver hasta allí abajo, pero si tenía la oportunidad de hacer que el chico se estremeciese, la aprovecharía.

Al final, con un quejido de asco, Jeremiah levantó a Marcus en brazos, una tarea nada fácil, considerando que el muerto era casi del mismo tamaño que él. Caminó con dificultad hasta la mina, se detuvo junto a la entrada y miró hacia la negrura que había más allá.

¿Cuánto sufriría si lo empujase ahí dentro? Dos sacrificios por el precio de uno. Kent debería considerarlo una auténtica ganga.

Pero me resistí. Algún día, la venganza llegaría.

O el Profundo se despertaría y acabaría conmigo primero.

Con un gruñido, Jeremiah lanzó a Marcus hacia la oscuridad. Su cuerpo golpeó el suelo con un ruido sordo, rodó y luego salpicó al caer en el agua del túnel inundado. El olor a agua de mar se intensificó y el viento aumentó, haciendo vibrar las agujas de los pinos. El estómago se me revolvió del asco, y Jeremiah salió a trompicones de la mina, limpiándose las manos en la capa. No me dijo nada, se limitó a bajar por la colina.

Me quedé allí durante un segundo y contemplé la oscuridad. Se me curvaron los dedos de los pies al oír el estruendo y el cráneo me vibró por la fuerza. Mañana, subiría la marea. Estos árboles comenzarían el largo y lento proceso de intentar arrancar las raíces de la tierra, como si pudieran alejarse de aquello que les causaba tanto malestar.

Entonces, desde la oscuridad, se oyó un aullido. Como el grito de un zorro, pero tan agónico que me erizó el vello de la nuca.

Era hora de marcharse. No tenía ganas de lidiar con esto ahora. Ni nunca.

El dios no era lo único que se despertaba.



Había algo mágico en volver a un lugar que no pisaba desde que era una cría. Aquellos primeros recuerdos me resultaban borrosos, como un sueño febril, un mundo completamente distinto al que me había acostumbrado en Oceanside. Mi adolescencia había consistido en fumar porros y beber cerveza Modelo en la playa, pero, cuando era pequeña, mi mundo había sido esos bosques de un verde intenso que parecían no tener fin, llenos de hadas y unicornios. Mi mente infantil rebosaba tanta imaginación que mi padre pensaba que nunca conseguiría sentar la cabeza y vivir en el mundo real.

No se equivocaba. El mundo real era aburrido e incluía trabajos de oficina, camisas con cuellos tiesos y demasiados zapatos incómodos. También incluía la posibilidad de irse a España, de ahí que volviera en coche a la casa de mi niñez, a la vez que mis padres terminaban el proceso de la venta de su casa en el sur de California para disfrutar de una jubilación llena de lujos en la costa española.

Podría haberme ido con ellos, claro. Pero, como habría dicho mi padre, elegir quedarme y terminar mi último año de carrera era de una persona responsable y adulta. Cosa que tenía que empezar a ser, pues estaba a punto de dejar de ser universitaria.

Fue un viaje largo al norte. Tenía el culo cuadrado, me dolía la

espalda y a mi rechoncho gatito, Cheesecake, no le gustaba nada tener que subirse al coche por segundo día consecutivo. Ni siquiera las patatas fritas que seguía lanzándole de una bolsa de comida rápida podían mantenerlo tranquilo por más tiempo. Atravesé un paisaje bañado en grises húmedos y verdes oscuros hasta que por fin pasé junto a la señal de bienvenida al pueblo de Abelaum, con 6.223 habitantes, o ahora 6.224, gracias a mí. El aguacero se convirtió en llovizna y los tonos de aquel paisaje de acuarelas se acentuaron hasta que el bosque adquirió forma: pinos altos rodeados de un espeso sotobosque de helechos y arbolillos, de entre cuyas raíces brotaban sombreros de seta pálidos y fantasmales.

Debería haberme quedado en casa para deshacer las maletas, pero, después de llevar las cajas a toda prisa al salón y asegurarme de ponerle a Cheesecake comida y agua, volví al coche y me dirigí al pueblo, a Main Street.

En Golden Hour Books, la tienda de la esquina situada en un edificio de ladrillo de tres plantas, conocí a la que llevaba siendo mi mejor amiga desde hacía casi quince años, Inaya. En esa tienda había hecho realidad su sueño y era la orgullosa propietaria de la librería más bonita que había visto jamás.

—Ya casi he terminado —anunció, mientras sus dedos volaban sobre el teclado del ordenador portátil. Llevaba las manos adornadas con delicados anillos de oro que brillaban sobre su piel morena, engastados con pequeñas abejas y flores que hacían juego con los bonitos parches florales que llevaba cosidos en la chaqueta rosa. Era el rayo de sol más brillante que había visto desde que dejé San Francisco, y, solo con estar en su presencia, me sentía más reconfortada.

—No te preocupes, amiga. Tómate tu tiempo. —En un principio, habíamos quedado esa noche, más tarde, pero estaba tan impaciente por verla y tan ansiosa por escaquearme de la tediosa tarea de desempaquetar toda mi vida de cajas de cartón que no podía esperar. Ahora me sentía culpable por haberla sorprendido mientras catalogaba un envío de libros nuevo tan grande.

Recogí uno de los montones que había terminado de registrar y los equilibré con cuidado contra mi pecho.

—¿Los llevo a la parte de atrás?

—¡Esa torre es más alta que tú! —Se rio—. No tienes que hacer nada.

No podía verla con claridad con el montón de libros, y las gafas se me habían resbalado por la nariz. Pero insistí.

—¿En la parte de atrás?

—Sí, hay un carrito amarillo ahí detrás —dijo—. ¡Gracias!

Por desgracia, la gravedad y yo siempre habíamos tenido una relación bastante complicada y tóxica, a decir verdad. Entre los cordones de las botas desatados, las gafas que se me resbalaban y la montaña de libros demasiado grande, tropecé con mis propios pies en mitad del camino hacia la parte trasera de la tienda y los libros salieron volando.

—¡Todo bien! —grité a la vez que Inaya soltaba una sonora carcajada. Me puse de rodillas para recoger los libros, hasta que mis dedos rozaron la cubierta de cuero de uno fino y me sobresalté; estaba frío.

Le di la vuelta por curiosidad. Las letras y el diseño de filigrana de la cubierta parecían haber sido grabados a fuego en el cuero, y las palabras me resultaban desconocidas. Si hubiera tenido que adivinarlo, diría que parecía latín. Saqué el móvil y busqué la traducción.

Efectivamente, era latín, y ponía: «Trabajos mágicos y conjuros».

—¿Has encontrado algo interesante? —La voz de Inaya me sobresaltó. Escuché un sonido, como el rumor lejano de las olas a través de un túnel largo, y sentí que el estómago me hormigueaba, como si estuviese cayendo.

—Sí, mira esto. Parece muy antiguo. —Le entregué el libro y sentí una punzada al dejarlo escapar de entre mis dedos, una pequeña ráfaga de miedo que me hizo querer arrebatárselo.

Inaya lo abrió y frunció el ceño.

—Vaya. —Abrió los ojos de par en par y sus dedos recorrieron la página con reverencia—. Esto no es un libro impreso. Está escrito a mano.

Me puse de pie y me apoyé en su hombro para poder ver. Había abierto el libro por la mitad. En una página había un dibujo de un perro muy raro, desaliñado y esquelético que había mutado en zombi. La otra página estaba cubierta de texto en latín. Me recordó al diario de un explorador; parecía algo que Charles Darwin habría llevado consigo mientras exploraba las islas Galápagos... si las Galápagos hubieran estado llenas de monstruos y magia.

—Me parece que es un grimorio —susurré. Inaya me miró confusa, así que me expliqué—: Un libro de hechizos y rituales, como *La llave menor de Salomón*. Un original como este es raro. Muy, muy raro.

Mi amiga negó con la cabeza y lo cerró con cuidado, esbozando una sonrisa irónica.

—Parece tu tipo de libro. ¿Lo quieres?

—¡Inaya, esto tiene un valor incalculable! Tengo que pagarte algo... Me ignoró y se lo llevó al mostrador.

—Considéralo parte de tu regalo de dama de honor —me dijo. Con sumo cuidado, sacó un rollo de papel marrón de debajo de la mesa y lo envolvió, rematándolo con un poco de cinta adhesiva y un cordel, con el que hizo un lazo—. Todos estos libros son donaciones de la Sociedad Histórica de Abelaum, así que no te preocupes por el dinero, estaban abandonados en un almacén. —Me lo tendió y lo acepté con mucho cuidado, como si me hubiera regalado una reliquia sagrada—. Un libro escalofriante para mi chica escalofriante favorita. Creo que a las dos nos vendría bien un descanso. ¿Te apetece un café?

—¿Te ha dejado? ¿La semana antes de mudarte coge y te dice: «Paz, buena suerte, adiós»? —Inaya negó con la cabeza, haciendo repique-tear sus uñas de color rosa con irritación en la taza de café—. Tienes la pésima costumbre de salir con gilipollas, Rae.

Asentí y dejé escapar un suspiro pesado. Todavía me dolía mucho el hecho de que Rachel me hubiera abandonado porque había decidido

mudarme a otro estado, y lo notaba clavado en el costado como si fuese una espina. Tampoco es que hubiese pensado que estaríamos juntas para siempre, pero el interés que sentíamos las dos por lo paranormal y la exploración urbana había encubierto los problemas más importantes que tenía nuestra relación durante los seis meses que habíamos estado saliendo.

—¡Pero me encanta el corte de pelo posruptura! —se apresuró a añadir Inaya—. Muy mod. Muy de los 60. Te queda bien.

Me pasé una mano por el cabello y sonreí al oír el cumplido. Lo tenía mucho más corto y oscuro que la última vez que me había visto; me lo había teñido de negro y me lo había cortado en un corte recto la misma noche que Rachel me dejó. Me sentó bien. Me sentí renovada. Era como empezar de cero.

—Creo que ya puedo llamarme gótica de biblioteca —bromeé, subiéndome un poco más las gafas de montura negra por la nariz. Inaya levantó una ceja escéptica—. ¿Tal vez gótica friki?

—Sigues siendo mi chica fantasma gótica, cariño, da igual lo que te hagas en el pelo —dijo con una risita.

Nos quedamos en silencio unos minutos mientras nos tomábamos los cafés. La cafetería en la que estábamos, La Petite Baie, estaba justo al lado de Golden Hour Books. La decoración era una agradable mezcla ecléctica de obras de artistas locales, extrañas esculturas de bronce y una variedad de sillas y mesas restauradas y cómodas. Inaya y yo nos habíamos sentado junto a la ventana, desde la que podíamos ver el bosque que se extendía al otro lado de la calle.

—¿Cómo llevas haber vuelto a la cabaña? —me preguntó, dándole un sorbo al café con leche—. ¿Has visto ya a tu viejo fantasma? ¿Cómo solíamos llamarlo? —Se quedó pensándolo un rato—. ¡Ah, sí! ¡El Vaquero de la Noche!

Sonreí al oír el apodo que le habíamos puesto al fantasma de mi infancia. Hacía años que no pensaba en él.

—Todavía no lo he visto, pero ya veremos cómo va la primera noche. —Me di unos golpecitos en la barbilla, pensativa—. Quizá

coloque unas cámaras térmicas, a ver si por fin consigo grabar una aparición de cuerpo entero.

—Por cierto, ¿cómo vas con eso? Con el *vlog* de fantasmas.

Solté una risita ante la apropiada descripción de Inaya de mi «vlog», aunque la pregunta me hizo retorcerme por dentro.

—Bueno, ya sabes. El canal va creciendo.

—¿Has pillado algo gordo últimamente? Apariciones o...

—Algunas voces, pero sin cuerpos. Orbes.

—Ah, eso está guay.

«Eso está guay». Sí, esa respuesta de desilusión era exactamente la que tendría la audiencia de mi *vlog* pronto. Internet no era el lugar adecuado para realizar investigaciones paranormales de verdad; no cuando el resto de canales «paranormales» fingían invocar al Demonio de la medianoche y utilizaban efectos especiales y actuaciones mediocres para atraer a un público que buscaba diversión instantánea. En comparación, mis grabaciones largas y mis vagas capturas electrónicas de fenómenos vocales resultaban aburridas.

Quería algo grande. Algo impactante.

Algo real.

Pero los espíritus iban a su aire, no al mío, y terminar siempre mis investigaciones en lugares «encantados» sin obtener resultados era frustrante. El tiempo y el esfuerzo que había dedicado a mi pasión no tardarían en tener que dedicarse a encontrar un trabajo «de verdad». Los ingresos de la publicidad del canal no iban a ser suficientes para poder mantenerme yo sola, ni siquiera cuando mis padres vendieran la cabaña en la que me habían dejado vivir durante un año mientras terminaba los estudios.

—Estoy segura de que aquí encontrarás sitios buenos para grabar —comentó Inaya, sacándome de mi pozo mental de desesperación—. Todas las leyendas que hay en este pueblo... Chica, para ti esto tiene que ser un tesoro.

Asentí. Crecer en Abelaum era como criarse rodeada de fantasmas; no de los de verdad, precisamente, sino de los del pasado. Abelaum

había sido uno de los pueblos mineros más prósperos del noroeste del Pacífico, y todavía podían encontrarse pozos mineros tapiados en los bosques que la rodeaban. Muchos de los edificios originales seguían en pie, restaurados y mantenidos con sumo cuidado por una sociedad que se había dedicado con pasión a la historia local.

Había mucha historia por descubrir aquí y con ella venía la tragedia.

—Oh, mierda, ¿has visto ya a la señora Kathy? Todavía vive al final de tu calle—dijo Inaya—. ¿Recuerdas lo enfadado que estaba tu padre cuando nos contó todo lo de la tragedia del 99?

—Chica, esa historia hizo que me volviese adicta al terror, ¡pues claro que me acuerdo! Aunque, sinceramente, ¿quién le cuenta una historia así a su clase de primero? —Hice mi mejor imitación de nuestra antigua profesora, agudizando el tono de voz y señalando con el dedo a un aula imaginaria llena de niños—: ¡Eh, niños! ¿Queréis oír hablar de los mineros que quedaron atrapados en la mina inundada y se comieron unos a otros para sobrevivir? Si lo del canibalismo no os da pesadillas, mocosos, ¿qué tal si os hablo también del monstruo que vive ahí abajo?

—El dios antiguo. —Inaya hizo comillas con los dedos mientras negaba con la cabeza—. Pero ella se lo creía. La señora Kathy estaba como una cabra.

—No...

—Oh, sí, lo estaba. ¿No recuerdas todas esas espinas de pescado y las cucharas de plata que tenía colgadas por toda la casa? Le decía a mi madre que alejaban el mal de ojo o algo así. —Inaya se encogió de hombros y se terminó el café con leche—. Me encanta este pueblo, pero la gente puede llegar a ser muy rara cuando pasa mucho tiempo viviendo en el bosque. La señora Kathy no era la única persona que creía en esas viejas leyendas.

—Hablando de leyendas... —Le di unos golpecitos con los dedos a mi taza, esforzándome por parecer inocente—. ¿Esa iglesia antigua sigue ahí arriba, cerca del pozo del que sacaron a los tres últimos mineros?

—¿La de St. Thaddeus? Creo que sí. —Inaya frunció el ceño—. Dudo que el señor Hadleigh les permitiese derrumbarla. Es muy protector con esos sitios históricos. —Al ver mi mirada confusa, añadió—: Kent Hadleigh es el director de la Sociedad Histórica. Es muy simpático y muy rico. Estoy en algunas clases con su hija, Victoria. Te la presentaré el lunes.

Al oír su explicación, exclamé un «oh», pero mi cerebro seguía pensando en el increíble potencial de una iglesia centenaria abandonada con una trágica historia de fondo. A mi amiga no se le escapó esto y entrecerró los ojos.

—Y, por cierto, está en ruinas —exclamó—. Me refiero a la iglesia. Que no se puede entrar, vaya.

—Ah, claro, claro. —Asentí con rapidez—. ¿Una iglesia vieja que probablemente esté embrujada y abandonada? Ni se me ocurriría entrar.

Inaya suspiró.

—Estás loca, tía. Un día de estos te vas a meter en un buen lío.

Me llevé la mano al corazón en señal de ofensa.

—¿Yo? ¿Meterme en líos? Nunca.